

Justo, Korn, Ghioldi. El Partido Socialista y la tradición liberal

Ricardo Martínez Mazzola*

Resumen

Desde hace décadas el Partido Socialista argentino ha recibido la permanente crítica por su vinculación con la tradición liberal. En este artículo nos proponemos analizar los importantes cambios en el modo en que desde el PS se leyó al liberalismo. Para ello abordaremos la obra de tres importantes intelectuales socialistas: Juan B. Justo, Alejandro Korn y Américo Ghioldi. Señalaremos cómo en el tránsito que va de Justo a Ghioldi se pasó de una interpretación en clave económica, como “librecambio”, a una lectura ética y pedagógica que pensaba al liberalismo en términos de libertades civiles y valores civilizatorios.

Palabras clave: Socialismo – Liberalismo – Tradiciones políticas – Intelectuales.

Keywords: Socialism – Liberalism – Political Traditions – Intellectuals.

Introducción

El 1° de mayo de 1943 *La Vanguardia*, órgano histórico del Partido Socialista (PS) publicó, como lo hacía todos los años, un número especial. En esta ocasión el centro de la prédica no estaba puesto en el “día del trabajador” sino en el 90° aniversario de la aprobación de la Constitución Nacional. Los artículos celebraban el pronunciamiento de Urquiza y la batalla de Caseros, acciones que habían hecho posible la tarea constituyente, así como los valores contenidos en el propio texto constitucional. Aludiendo a la situación política de su tiempo, un editorial advertía que esos valores se hallaban amenazados “por los viejos y anacrónicos intereses que la constitución reduce, encauza o suprime, y que han resurgido a la beligerancia activa y desembozada a través

* Doctor en Historia, Magíster en Ciencias Sociales y Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Investigador asistente del CONICET con sede en la Universidad Nacional de San Martín y docente de la Universidad de Buenos Aires. ricardomm17@yahoo.com.

de los regímenes totalitarios” (*La Vanguardia*, 1-5-1943). Juan Antonio Solari, importante dirigente del PS, argumentaba que eran tanto la realidad nacional, caracterizada por el fraude, como la internacional, marcada por el combate contra el fascismo, las que hacían que el país pudiera valorar la obra de los constituyentes del 53:

...esa obra se destacará, con rasgos vigorosos y esenciales, a la luz de los principios de democracia, libertad y humanismo que forman la base de la civilización política y moral contemporánea. El tiempo no ha hecho más que afianzarla y probar el acierto de esos Constituyentes, cuya identificación con los ideales de la nacionalidad aseguró a su labor la perdurabilidad de las grandes construcciones, precisamente por interpretar y sintetizar el sentimiento y el ideario de nuestra historia. (*La Vanguardia*, 1-5-1943)

Leído desde hoy, y desde las perspectivas cristalizadas sobre la tradición socialista argentina, el texto citado parece un ejemplo más del discurso moralista y las simpatías liberales que caracterizarían al socialismo. Sin embargo tal juicio pasaría por alto dos elementos que, en su momento, lo hacían novedoso: primero, que por primera vez la ponderación de la tradición liberal alcanzaba el punto de anteponer la celebración de los aniversarios del pronunciamiento de Urquiza y de la Constitución de 1853 a la más importante conmemoración de la tradición socialista; segundo, que tal celebración se fundaba en un discurso humanitario y civilizatorio que colocaba a la tradición liberal como el punto de síntesis de la nacionalidad argentina.

Creemos que señalar esas relativas novedades es necesario porque desde hace décadas las lecturas acerca del PS han subrayado, muchas veces en tono crítico, su estrecha vinculación con la tradición liberal. Si, por un lado, aquellos que lo enfrentaban planteaban tal vínculo en clave de denuncia, subrayando un supuesto olvido del espíritu clasista y revolucionario o el desconocimiento de la “cuestión nacional”; por otra parte, - y en particular desde las filas del Partido Socialista Democrático, la más longeva de las fuerzas nacidas de la fractura del PS en 1958- la relación era celebrada por considerar que afirmaba la continuidad con una corriente en la que se habría cifrado el progreso argentino.

En este artículo no nos proponemos discutir la existencia de un fuerte vínculo entre tradición socialista y tradición liberal, vínculo que consideramos indiscutible, sino señalar los importantes cambios en el modo en que desde el socialismo argentino se leyó al liberalismo y, consecuentemente, los cambios en el modo de pensar la relación

entre liberalismo y socialismo. Para ello nos centraremos en la obra de tres de los principales intelectuales socialistas: Juan B. Justo, Alejandro Korn y Américo Ghioldi. Con respecto al fundador del partido analizaremos tanto sus escritos en clave doctrinaria como algunas de sus intervenciones coyunturales para subrayar que -en coincidencia con su lectura de la sociedad argentina en clave económica y social- su caracterización del liberalismo era fundamentalmente económica, entendiendo por tal un “librecambismo” al que en términos generales adhería. Pasaremos luego a dar cuenta de algunas de las modificaciones que tal interpretación experimenta a comienzos de los años 30, momento de ingreso a las filas socialistas de un grupo de intelectuales reformistas, encabezados por Alejandro Korn, quienes releen el legado de Justo, moderando su economicismo a la vez que incorporándolo al panteón del pensamiento nacional. A continuación subrayaremos cómo, apoyado en un marco conceptual en el que primaban las categorías éticas y pedagógicas, Ghioldi propuso una lectura del liberalismo en términos de libertades civiles y de valores civilizatorios, lectura que -unida al juicio acerca de la amenaza que sufrían esas libertades y valores-, habría llevado a Ghioldi y a otros socialistas a una activa militancia en defensa del “legado” compartido y a una subsunción de la tradición socialista en la liberal. El artículo se cierra recapitulando el recorrido para señalar cómo las distintas lecturas de estos intelectuales se relacionaban con algunas transformaciones profundas de la identidad socialista, a la vez que para plantear la pregunta acerca de si esas diferencias no iban acompañadas de una continuidad subyacente.

Justo

La cuestión de la relación entre socialismo y liberalismo antecede a la propia fundación del PS. Ya el artículo-manifiesto que abrió el primer número de *El Obrero* – periódico dirigido por el ingeniero alemán German Avé Lallemand, que sería el primer órgano de difusión del marxismo en la argentina (Martínez Mazzola, 2004)- afirmaba que el capital extranjero, en búsqueda de nuevos mercados, estaba llevando adelante la obra civilizatoria, que implicaba tanto organizar la producción de acuerdo a las leyes capitalistas como realizar “en el orden social las instituciones del liberalismo democrático burgués, como única organización social adecuada al máximo desarrollo de la libre competencia o concurrencia”. El elemento central de este texto programático era el supuesto de la necesaria correspondencia entre fuerzas sociales y régimen político,

entre predominio de la producción capitalista y realización del régimen democrático liberal. El capital, visto como la fuerza modernizadora en la estructura económica y social, era también la fuerza que impulsaba, a través de la Unión Cívica, la democratización política: el “régimen burgués puro” era saludado, ya que en él estaban los gérmenes “de la futura sociedad comunista” (*El Obrero*, 12-12-1890).

En 1893 *El Obrero* dejó de publicarse. Un año más tarde su lugar era ocupado por *La Vanguardia*, periódico dirigido por Juan B. Justo, un joven cirujano recientemente llegado a las filas socialistas. Desde las páginas de *La Vanguardia* Justo plantearía – como antes lo hiciera Avé Lallemand y como lo seguía haciendo la mayor parte de los dirigentes de la II Internacional– un discurso que fusionaba marxismo y evolucionismo y del que se desprendía una caracterización fuertemente determinista, y economicista, acerca de las fuerzas históricas que impulsaban la marcha hacia el socialismo. Era en base a esa interpretación económica de la historia que Justo leía el papel cumplido por el liberalismo.

En primer lugar, y respecto a la “historia universal”, el líder socialista juzgaba las ideas del liberalismo británico y la ilustración francesa como “formidables armas de doctrina” a ser blandidas contra los privilegios de la nobleza por parte de la ascendente burguesía (Justo, 1915: 186). La revolución francesa era leída en términos sociales más que políticos, siendo sus principales saldos el paso de la propiedad del suelo a la burguesía y a una clase numerosa de campesinos, y la eliminación de las trabas al comercio y la industria. La expansión de los principios revolucionarios, se explicaba a continuación, había contado con la ayuda de “los liberales extranjeros” pero dichos principios sólo habían arraigado “donde el desarrollo económico había preparado el terreno” (Justo, 1915: 201).

En segundo lugar, y en relación con la historia argentina Justo, destacaba el papel de los intereses económicos que, intentando salir de los límites al progreso impuestos por el monopolio español, habían impulsado la idea revolucionaria. A través de la revolución de mayo, explicaba, la burguesía había cumplido con sus propósitos, que no se vinculaban con la libertad y la democracia sino con la obtención de la autonomía económica. Explicaba el conflicto subsiguiente, usualmente interpretado a partir de la oposición entre unitarios y federales, como un conflicto entre las elites burguesas -que percibiendo el creciente valor de los “productos del país”, habían buscado el control del

suelo y de la población rural- y esa población rural que “acorralada y desalojada por la producción capitalista”, se resistía a su proletarización. La población rural, explicaba, había triunfado pero, al no poder plantear un proyecto de desarrollo propio, finalmente había sido controlada por sus líderes, los propietarios rurales que habían dado origen a la clase de los grandes terratenientes que constituía todavía el elemento dominante en el país y contra la cual, subrayaba Justo, el socialismo debía dar la principal batalla. Después de Caseros, las fuerzas del capitalismo internacional habrían encontrado a estos sectores rurales como aliados locales. Justo explicaba que para fundar esta alianza y dar mayor estabilidad a las inversiones, las fórmulas humanitarias de Echeverría habían debido dejar paso a las “ideas manchesterianas sobre el ‘trabajo libre’ y la ‘distribución libre’, sostenidas por Alberdi a quien definía como “fanático de la propiedad burguesa” (Justo, 1947: 220).

Como podemos ver Justo no valoraba al liberalismo como una ideología humana y racional ni tampoco como la verdadera tradición argentina, sino como la cosmovisión que acompañaba los intereses de una clase, la burguesa. Si en alguna ocasión se lo rescataba era porque se consideraba que el papel cumplido por esa clase había sido progresivo. Dada la continuidad que Justo postulaba entre pasado y presente, no debe sorprender que las valoraciones sobre el liberalismo de su tiempo se apoyaran en similares criterios de análisis social y de clase.

En 1896 y refiriéndose a una situación política que parecía marchar hacia el regreso de Roca a la presidencia, Justo explicaba que el unicato, nombre con el que aludía al personalismo que caracterizaba a la sociedad argentina no nacía de la influencia de un hombre o un grupo de hombres sino que “reflejaba” las ideas que la clase gobernante tenía de la política, ideas en las que todos estaban de acuerdo: “el bien de la patria, el engrandecimiento nacional, la honradez administrativa” (Justo, 1947: 130). Lejos de adherir a estos valores Justo consideraba que “el unicato” y su contraparte “la revuelta” subsistirían mientras las vagas ideas de patriotismo no fueran reemplazadas por “exactas nociones de economía política” y mientras no se formaran verdaderos partidos económicos que sostuvieran ideas de gobierno concretas. Es en esa línea que se insertaba el rescate que Justo hacía del libre comercio: afirmaba que hacendados, agricultores y molineros, quienes producían para la exportación, debían darse cuenta de que sus intereses eran contrarios a los de los fabricantes que producían

para el consumo, a quienes convenía cerrar el país al comercio extranjero y monopolizar el mercado. Los capitalistas de la industria rural, concluía, debían formar un “partido librecambista” (Justo, 1947: 137). Y era en torno a esa política librecambista, señalaba Justo pensando en el antecedente británico de la lucha contra la “ley de granos”, que podía pensarse una coincidencia objetiva con los trabajadores en tanto éstos también se veían perjudicados por las tarifas aduaneras que deprimían la capacidad de compra de sus salarios (Justo, 1947: 139).

Debe subrayarse que el líder socialista hablaba de un partido “librecambista” y no de uno liberal. De hecho Justo, y con él la mayoría de los socialistas, miraría con desconfianza las iniciativas que se plantearían apelando a un nombre tan vago. Y ello no sólo cuando provinieran de otros actores,¹ sino también cuando surgían de las propias filas socialistas. La propuesta de Alfredo Palacios orientada a formar “círculos de obreros liberales” para enfrentar a los “círculos de obreros católicos”, sufrió las burlas de muchos militantes que rechazaban la mezcla con espiritistas y masones; sufrió también el cuestionamiento de Justo quien, en nombre de la centralidad de las luchas económicas y sociales se negó a dar importancia al combate anticlerical, en el que Palacios y otros “librepensadores” se embarcaban.

La toma de distancia respecto a los “ideales” liberales no se manifestaba sólo en torno a la cuestión clerical sino también, y ello merece subrayarse para marcar la diferencia con las posturas posteriores, en la ausencia de un culto a la Constitución Nacional. La actitud más laica respecto del texto constitucional se manifestaría tanto en la no participación en los comicios convocados para elegir a los convencionales que en 1898 reformarían el texto constitucional, como en la actitud respecto a las políticas del yrigoyenismo.²

En síntesis, podemos decir que si el socialismo de Justo se relacionaba con la tradición liberal era con su dimensión económica, con el librecambio y con sus ideas monetarias. Era en base a la primacía que asignaba a las cuestiones económicas que pensaba las relaciones con otras fuerzas, como alianzas entre fuerzas sociales. La clave

¹ Un ejemplo lo encontramos en la reacción ante el proyecto de formación de un Partido Liberal, esfuerzo que pasó de ser saludado como una iniciativa promisorio para el fortalecimiento de una agenda reformista a ser interpretado como un “mascarón de proa” de las iniciativas del mitrismo (Martínez Mazzola, 2005).

² Buscando deslindar posiciones respecto del ramplón constitucionalismo de otras fuerzas políticas, *La Vanguardia* subrayaba que las críticas socialistas al gobierno de Yrigoyen no nacían de la creencia en la bondad de las constituciones y leyes eternas (*La Vanguardia*, 5-1-17).

era la noción de partidos orgánicos, que no eran partidos de ideas sino ligados a fuerzas sociales. Paradójicamente, como Justo consideraba que el único partido orgánico que existía en su tiempo era el PS, afirmaba que a él debían incorporarse no sólo los obreros, sino aquellos miembros de otras clases que impulsaran reformas democráticas y sociales. Con este planteo -que alcanzaría su forma paradigmática en la polémica que Justo sostuviera en 1908 con el diputado socialista italiano Enrico Ferri-, Justo negaba toda legitimidad a un posible partido liberal-radical. Al afirmar que el lugar de los verdaderos liberales y radicales estaba en el PS, Justo reforzaba, al darle un fundamento teórico, el aislamiento dorado que el partido venía manteniendo desde su fundación (Martínez Mazzola, 2008).

Korn

Hacia 1930 el PS se hallaba en una situación de profunda crisis. Al golpe suscitado por la ruptura de los socialistas independientes en 1927, se había sumado, meses después, la muerte de Juan B. Justo. Con él el partido perdía no sólo a su líder, sino a la única figura que había conseguido reunir, con relativo éxito, el mantenimiento de una identidad obrera y las apelaciones a constituir una fuerza política reformista e integradora. Sería en esa situación de crisis que en 1931 se produjo una novedad en la historia del PS: el fin de una larga historia de aislamiento político y el establecimiento de su primera alianza electoral. Se trataba de la Alianza Civil, concertada con el Partido Demócrata Progresista, que se presenta a los comicios llevando la fórmula presidencial Lisandro De la Torre-Nicolás Repetto. La alianza con una fuerza con la que antes habían mantenido duras disputas -debe recordarse el juicio lapidario que De la Torre hiciera respecto de Justo y el PS- no se fundaba en un análisis en clave social sino, fundamentalmente, como lo deja ver su nombre, en una apelación cívica opuesta a la dictadura. Aunque la Alianza civil tuvo corta vida, la prédica en clave liberal y civilizatoria se mantendría más allá del duro contexto del gobierno de Uriburu, y ello porque tal giro político se basaba en una transformación más profunda de la prédica dominante en el Partido Socialista, un cambio de mirada que pasaba de una interpretación económica y social del socialismo a una ética.

Este giro fue acentuado por la incorporación al discurso socialista de un conjunto de tópicos, arielistas y espiritualistas, traídos por los “jóvenes reformistas”, que luego del golpe del 30, que había acabado con las condiciones de la “república universitaria”,

habían ingresado a las filas del PS. Junto con ellos se encontraban algunos de sus viejos maestros, no sólo Alfredo Palacios y Manuel Ugarte, quienes regresaban al viejo partido, sino Alejandro Korn, un viejo alienista devenido en profesor de filosofía que, dejando atrás su militancia, primero radical y luego conservadora, hacía tiempo venía bregando por un socialismo ético.

Ya en un artículo con ese nombre, publicado en 1918, al final de la Gran Guerra, Korn señalaba que el final del conflicto hacía visible algo que el fragor de la contienda había velado: el final del individualismo manchesteriano.³ Korn asociaba ese individualismo con las teorías utilitaristas del siglo XVIII, a la vez que asignaba otro abolengo a las teorías colectivistas que buscaban dejarlo atrás: “el espíritu generoso de los soñadores románticos, obsesionados con la justicia social”. En base a tal definición, el viejo alienista no podía dejar de considerar una “aberración” el hecho de algunas corrientes colectivistas creyeran poder prescindir de los factores morales para fundarse sólo en los intereses económicos. Haciendo explícito el destinatario de la crítica, Korn argumentaba que aunque Marx había hecho un gran aporte al separar la causa social de las divagaciones utópicas, había caído en el error opuesto, al dejar de lado toda consideración ética.

Era a partir de éste énfasis en la dimensión ética que Korn leía las transformaciones del pensamiento argentino. Si para Justo la independencia argentina se explicaba por causas económicas, en particular por un desarrollo económico incompatible con la continuidad del monopolio español, Korn consideraba que a ese factor debía agregársele el desarrollo de las ideas. Señalaba así la influencia de la filosofía francesa del siglo XVIII, recordando la traducción del *Contrato Social* por parte de Moreno, así como la posterior importancia de Destutt de Tracy y los ideólogos, cuyas enseñanzas habían recibido Echeverría y los miembros de la generación del 37 (Korn, 1963: 181-182). Argumentaba a continuación que aunque el positivismo no se encontraba entre las tradiciones en las que éstos jóvenes habían sido formados, ellos mismos habían desarrollado un positivismo autóctono. Remitía en particular a Alberdi,

³ Korn no lamentaba la muerte de ese “viejo conocido” al que juzgaba con dureza: “La célebre doctrina que convertía al trabajo humano en un valor venal, sujeto a la ley de la oferta y la demanda y concedía a todos la libertad de envilecerse o morir de hambre, si tuvo en un momento su justificación histórica, habíase convertido al fin en la rémora insalvable de una organización social más justa. La tiranía económica llegó a superar con su opresión la peor de las tiranías políticas y nada más reñido con el libre desarrollo de la personalidad que este pseudoindividualismo al servicio del privilegio capitalista” (Korn, 1949: 503).

quien había instado a no perder el tiempo en disquisiciones metafísicas y a dedicar la actividad intelectual a los problemas que interesaban y afectaban al país (Korn, 1963: 187). Korn señalaba que no se trataba de una mera opinión ocasional sino del principio que guiaría toda la acción de Alberdi y, aún más allá, del credo filosófico del pueblo argentino a partir de Caseros. La orientación positivista de Alberdi y los proscritos, concluía, había devenido una “orientación nacional única” que seguirían las generaciones siguientes.

Korn consideraba que los distintos movimientos históricos y filosóficos tendían a agotarse, pero dejando tras de sí una serie de aportes que impedían el regreso a la situación previa. Escribiendo cuando se desataba la crisis del 30, Korn argumentaba que había sido la anterior crisis, la del '90 –crisis que como la de su tiempo era a la vez económica, política y moral- la que, al poner de manifiesto “las consecuencias de la exageración del ideal económico en un medio excesivamente individualista”, había obligado a reconsiderar el credo positivista sembrado por Alberdi (Korn, 1963: 208). Korn afirmaba que era Justo –quien como el tucumano no se había limitado a ser mero receptor de ideas extranjeras sino que había pensado su inserción en la realidad nacional- quien había dado un aporte original al pensamiento argentino, el mayor primero relevante en las generaciones que sucedieron a Alberdi: la incorporación de los problemas referidos a la cuestión social.

Sin embargo, Korn no se limitaba a celebrar la incorporación de temas no tratados por quienes habían permanecido dentro del legado alberdiano, sino que colocaba al líder socialista en la línea de un “socialismo ético” del tipo que él mismo postulaba. Para argumentar tal postura, planteaba una lectura que discutía con las autopercepciones de Justo: así planteaba que era “paradojal” la reivindicación que el líder socialista hiciera del realismo ingenuo; o subrayaba el modo en que su énfasis en el carácter provisorio de las hipótesis lo alejaba de la ortodoxia positivista. Para Korn, la de Justo era una filosofía pragmática, y por ello en línea con la de Alberdi, pero que ponía la acción al servicio de una finalidad ideal, y por ello era superadora de la del tucumano. Pero advertía que esa superación realizada por Justo no era sólo por mérito personal sino porque lo acompañaba la marcha de la historia:

El ciclo del liberalismo burgués se clausura. Para nosotros los argentinos han transcurrido ochenta años desde Caseros con no pocas modificaciones. El Positivismo ha cumplido su grande y fecunda misión. Hay un concepto de la verdad científica en crisis. Hay una ideología pretérita. Hay una estructura que se derrumba sola. Sentimos el redoble fúnebre que acompaña el crepúsculo de los dioses (Korn, 1963: 211).

Ghioldi

Hacia fines de los años '30, el crepúsculo parecía más oscuro de lo que Korn había augurado. Como señala Terán (1986) lo que tambaleaba y amenazaba con derrumbarse era no sólo el positivismo y el liberalismo sino también valores como la tolerancia y la justicia social, a los que el viejo profesor adhería. Sería en ese clima, y ante la amenaza de los totalitarismos, en primer lugar de los representados por el nazismo y el fascismo, que buena parte de la militancia socialista, entre ella muchos discípulos de Korn, plantearían una mirada menos negativa, y aún un rescate de la tradición liberal.

El movimiento antifascista que se consolida a fines de los años '30 y comienzos de los '40 subrayaba que las amenazas que se cernían sobre el país no eran sólo extranjeras sino que la infiltración externa se veía facilitada por la acción de los "fascistas criollos". La acusación se dirigía especialmente a los círculos de militantes "nacionalistas", subrayando que no eran verdaderamente tales sino simples imitadores de modelos extranjeros como el italiano y el alemán. Ello permitía mantener lo que Bisso ha denominado el "carácter bifronte" del antifascismo argentino: una cara subrayaba los aspectos internacionalistas, revolucionarios, antiimperialistas y anticapitalistas del combate al fascismo; la otra proclamaba "la necesidad de unir esa lucha a una tarea principalmente preservadora de la *nacionalidad* y de defensa de la civilización, la modernidad y las instituciones democráticas y liberales" (Bisso, 2007: 55). Dentro del espacio antifascista, era el PS quien más claramente se mostraría tensionado entre ambos rostros. Sin embargo sería el primero el que se impondría terminando de disolver la, ya diluida, escisión constitutiva, la de ser el representante de una parte de la sociedad, la clase obrera, en un culto a la tradición liberal argentina.

Esa inserción del socialismo en la tradición liberal se haría particularmente acusada en las intervenciones de Américo Ghioldi. De origen humilde y sin formación universitaria –era Profesor Normal de Ciencias-, Ghioldi era un verdadero "intelectual

de partido” que, desde su afiliación en 1915, había ido ocupando importantes posiciones hasta alcanzar a ser, a fines de los años '40, el principal referente intelectual del PS. A lo largo de libros, folletos e innumerables artículos en la prensa Ghioldi apelaría a teorías idealistas de la historia –abrevando para ello en Korn pero también, y sobre todo, en Benedetto Croce- que le harían posible incluir a la tradición socialista en una narrativa que colocaba a la “Libertad” como valor central y que postulaba a la pedagogía como clave de la política (Viana, 2009).

Si bien estas posturas ya se hallan esbozadas en distintas obras que Ghioldi publicó en los años '30,⁴ sería en la oposición al gobierno nacido del golpe de junio de 1943, que las mismas alcanzarían su mayor contundencia. Aunque al comienzo los socialistas manifestaron cierta expectativa ante una revolución que había terminado con el cuestionado gobierno de Castillo, pronto se colocaron en franca oposición frente a un gobierno al que juzgan represivo. En particular rechazaban la presencia de figuras de un “nacionalismo” al que juzgaban contrario a la verdadera tradición nacional. En el mes de diciembre –momento en que la influencia de los nacionalistas se hizo sentir a través la implantación de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas y de la clausura de los partidos políticos-, Américo Ghioldi publicó en *La Vanguardia* un editorial en el que se proponía intervenir en la disputa acerca de la tradición nacional. Argumentaba que si el nacionalismo era “un principio adherido a las leyes, tendencias y pensamientos directrices de nuestro desenvolvimiento histórico” las doctrinas que exigían la entrega del hombre al Estado no eran argentinas. Buscando probarlo, señalaba que ni Rivadavia y Echeverría, quienes representarían dos momentos de la conciencia argentina, habían exigido la anulación del hombre. El culto al Estado, subrayaba, no se fundaba en el pensamiento cristiano, que repelería el predominio estatal, ni en enciclopedismo, la ideología o el romanticismo. Continuando con “la evolución de las ideas argentinas” señalaba que los fundamentos de la estatolatría no se encontraban tampoco en el positivismo, ya fuera comtiano o spenceriano, ni en “la reciente inflexión filosófica” de

⁴ En particular en el libro que Ghioldi dedicara a sintetizar las ideas del fundador del PS. En él se delineaba un Justo que era antes pragmatista que positivista; un dirigente que veía al socialismo no como el resultado de tendencias históricas inmanentes sino como un postulado ético por el que debía lucharse. Esa lucha, y éste sería el segundo elemento clave de la lectura de Ghioldi, era la de un maestro y un civilizador: “Nada debe esperarse del desarrollo intrínseco de las fuerzas ciegas de la sociedad. Hay que esclarecer las conciencias, iluminar las inteligencias (...). Su prédica es de esclarecimiento e ilustración, y toda su labor de político tiende a elevar la cultura del pueblo (...) Justo antes que el pontífice de una ideología, es el apóstol enseñante que ha realizado en nuestro país la más gigantesca labor de educación y de cultura en la masa popular” (Ghioldi, 1950: 124).

resonancias kantianas encabezada por Alejandro Korn, la que se inauguraba proclamando la “libertad creadora”, y mucho menos en el socialismo o el anarquismo. El recorrido se cerraba con un juicio concluyente:

No hay pues, nada argentino que explique la aberración de un nacionalismo totalitario, estatocéntrico y estatolátrico. Este es un nacionalismo simulado y de contrabando. No tiene más antecedentes que el fascismo italiano, el totalitarismo hitlerista, y el corporativismo-sindicalista de Franco. ¡Por eso el pueblo repudia semejante ‘nacionalismo’ extraño a la substancia argentina! (*La Vanguardia*, 11-12-1943).

Pero en otras ocasiones Ghioldi encontraba un antecedente nacional para los totalitarios. Planteaba así un relato en el que la continuidad histórica se daba en dos bandos: por un lado, los apólogos de la dictadura remitían no sólo Hitler y Mussolini sino también a Rosas; por otro, el socialismo representaba la continuidad de la verdadera tradición nacional. Esta sería la de “el liberalismo histórico de la Argentina que comienza en las jornadas seculares de la revolución; la democracia histórica, que nace en los días de Mayo santificada por el dogma de la igualdad”. Ghioldi subrayaba que las corrientes históricas creadas en la democracia, la libertad y el liberalismo fundamental” no pertenecían al pasado sino que se encontraban vivas, con futuro, más allá de las amenazas y la represión. Y lo proclamaba en términos sarmientinos: “La idea no muere. Las ideas no se degüellan” (*La Vanguardia*, 4-1-1944) .

En este punto podemos señalar, de nuevo contra la mirada de sentido común, que en esa entronización de Sarmiento el líder partidario tomaba distancia de la tradición socialista preexistente. Y ello porque, si bien en esa tradición eran frecuentes las alusiones positivas a la “generación del ‘37”, fue sólo con Ghioldi que el sanjuanino alcanzó el lugar de preeminencia que Justo y Korn habían asignado a Alberdi. Y ello se explicaba: si el tucumano había sido el antecedente postulado de un análisis histórico y político en clave económica y social, la referencia a Sarmiento era más consecuente con una política voluntarista, estructurada en torno de la pedagogía y los valores de la civilización, como era la que Ghioldi proponía.

Ese nexo entre pedagogía y política constituiría el argumento central de las *Bases de la Pedagogía constitucional*, obra de pretensiones teóricas en la que Ghioldi pondría la piedra basal de muchos de sus planteos posteriores. Ya el argumento con que se abría el libro -el 4 de junio no es el punto de partida de la crisis sino “la expresión

culminante” de una crisis nacional preexistente, crisis que no puede ser pensada en clave económico-social sino política, moral y, sobre todo, ideal y educativa (Ghioldi, 1944b: 7-10)-, permitía observar una toma de distancia del economicismo de Justo. Ghioldi enumeraba los elementos que habían entrado en crisis: la “política realista” que prescindía de toda moral, la política internacional, la vida de los partidos, la actuación del ejército, la formación de la juventud, la militancia católica-. Pero para Ghioldi la crisis habría tenido protagonistas menos visibles: en el terreno del pensamiento abstracto a aquéllos que “en nombre de existencialismos casi todos ellos confusos y de origen germánico” renegaban de la razón; en la esfera de la conciencia histórica a los revisionistas; en el campo del derecho a aquellos que deificaban “los poderes absolutos del Estado con olvido de los derechos del hombre” (Ghioldi, 1944b: 10).

En su intervención Ghioldi producía una doble lectura de la tradición. Por un lado, hablando como socialista, recordaba a sus compañeros que “el socialismo es liberal o no es socialismo”. Por otro, hablaba a todos los argentinos democráticos, advirtiéndoles que, el fondo básico de ideas en que se basaba la sociedad democrática, la “herencia natural e histórica” de la libertad constitucional se encontraba amenazada por quienes tienen una concepción “fascista y dictatorial” de la vida. Por ello, leía la historia argentina buscando demostrar que, lejos de ser un producto de importación como señalaban los “nacionalistas”, esa libertad constituiría “un impulso auténtico y durable y la idea general más dominante de la historia argentina” (Ghioldi, 1944b: 14).

El punto de partida era el 25 de mayo de 1810, fecha en que habían nacido juntas la Patria y la Libertad, y ello porque la primera surgía de un movimiento de liberación que convertía a los súbditos en soberanos. “La Patria nace para el desarrollo de la Libertad; la Libertad inspira y promueve el engrandecimiento de la Patria” (Ghioldi, 1944b: 29-30). A la evaluación del momento inicial le seguía la construcción de un panteón de héroes de la Libertad: Moreno, nervio y símbolo de la Revolución; Echeverría, que había trazado el esquema de la naciente filosofía; Alberdi, que había proyectado el pensamiento revolucionario a la constitución. El recorrido concluía con Sarmiento, creador de la pedagogía social. Luego del panegírico al sanjuanino⁵ el líder socialista repetía la tesis que guiaba el libro

⁵ La exaltación a Sarmiento era retomada en la tercera parte del libro, que reproducía íntegramente el texto del folleto *Sarmiento, Fundador de la Escuela Popular*, publicado meses antes por la Asociación Liberal Adelante. El folleto era a su vez la transcripción de una conferencia, dictada el 11 de septiembre

Revolución, Independencia, Proscripción, Caseros, Constitución, son monumentos estelares de la Patria durante los cuales es palpable la influencia modeladora de la idea de la libertad... (ella) conduce nuestra historia; y la explica (...) móvil de todas nuestras querellas, motor íntimo de las grandes jornadas, ideal de todos los momentos, la Libertad es una fuerza substantiva, un impulso orgánico y un impulso ideal (Ghioldi, 1944b: 33-34).

La libertad, explicaba, era el sujeto de todos los cambios que había experimentado la sociedad argentina: de la legislación de familia, de la libertad de conciencia, de las luchas contra el fraude, de la igualdad política y aún de la independencia económica. La historia argentina, concluía parafraseando a Croce, sólo se explicaba como “aventura de la libertad”.⁶

Ghioldi parecía consciente de la distancia que existía entre esta interpretación de los motores del cambio histórico y la que planteara medio siglo antes Juan B. Justo. Para intentar dinamizar el contraste afirmaba su acuerdo con la tesis que sostenía que en la historia contaban primordialmente hechos económicos y sociales y en que eran las formas de producción y los tipos de propiedad los que determinaban los cursos de la historia. Pero agregaba que no debía olvidarse el papel del hombre mismo, a la vez síntesis y creador de la historia. Y fundamentaba su posición en una lectura humanista y “korniana” de la tradición socialista en la que a un Marx economicista -que consideraba a “la vida mental es el reflejo de los fenómenos económicos en el cerebro humano”- se contraponía un Jaurés que enfatizaría la importancia del cerebro humano y de la “preformación cerebral de la Humanidad” (Ghioldi, 1944b: 48). El hombre, concluía con el francés, no era un átomo inorgánico sino personalidad, potencia creadora y los

de 1944 en el Colegio Libre de Estudios Superiores, en la que Ghioldi se proponía rescatar la importancia de la figura de Sarmiento- a la que juzgaba menospreciada por el gobierno revolucionario-. El líder socialista fundamentaba así una política de la evocación que incluía la consagración de un mes al recuerdo de las distintas figuras de la educación que habrían jalonado el avance de la educación argentina, y que concluía con la exaltación de Sarmiento en el “día del maestro”. La propuesta no se limitaba a un cambio en la currícula escolar sino que avanzaba en las disputas por el pasado –al afirmar “Rosas y tu simbolizáis el binomio de nuestra historia...” (Ghioldi, 1944a: 68)- y en la política de su tiempo- al subrayar “Tengamos por cierto que cada vez que volvamos al problema esencial de la cultura de las masas Sarmiento será guía, advertencia y ejemplo...” (Ghioldi, 1944a: 67).

⁶ Al panegírico de la libertad le seguía el elogio. Con reminiscencias clásicas Ghioldi declaraba que la Carta Magna era el “Palladiun” de la Libertad: era ella la que protegía las libertades fundamentales: de creer, de pensar, de escribir, asociarse, reunirse, trabajar, circular (Ghioldi, 1944b: 36). Quizás anticipado las objeciones que podría merecer una concepción que limitaba la libertad a los derechos civiles, Ghioldi explicaba que en el futuro podría hablarse de una “nueva libertad” que ayudaría a vivir sin miedo al hambre y a combatir otras opresiones, pero subrayaba que siempre debería recordarse que la “libertad genérica” había sido la fuerza que había modelado la Constitución (Ghioldi, 1944b: 36).

movimientos de reforma social antes que cambiar las leyes transformaban los cerebros y los corazones de los hombres. El planteo subjetivista de Ghioldi parecía abrir el espacio de lo político, espacio que en buena parte de la tradición socialista se hallaba obturado por la omnipotencia de las fuerzas sociales. Sin embargo su reducción de la política a pedagogía parecía quitar espacio a la voluntad política, a la que pensaba como aventura.

Meses antes, y basando sus palabras en Churchill y aún en Pío XII, había afirmado:

Un gobierno que ignora los cimientos de la ley, es dictadura. Un gobierno que controla toda la vida del pueblo -su trabajo, sus ideas, sus movimientos cívicos, sus reacciones emocionales, sus diversiones, su lenguaje, sus pasatiempos- y que somete al régimen de los decretos todos los aspectos de la vida, en sus aspectos, externos e íntimos, y todos los movimientos de la nación, es un gobierno fascista o totalitario. Y el mal de la dictadura y el fascismo... está en olvidar que el fondo humano se forma y rige por leyes naturales y fundamentales que están más allá de la acción de los gobernantes y que, por ello mismo, deben ser intocables para toda acción arbitraria (*La Vanguardia*, 31-7-1943).

Más allá de sus diferencias -uno ignoraba los cimientos de la ley, el otro controlaba y dirigía toda la vida del pueblo- dictadura y fascismo tenían un punto en común: el culto a la voluntad. El argumento del intelectual socialista se fundaba en una idea estática de naturaleza humana; una idea que, más que en el marxismo, parecía encontrar sus antecedentes en un vago humanismo liberal.

Palabras finales

Con Américo Ghioldi se completaba un importante giro en el modo de pensar la relación entre liberalismo y socialismo. Mientras Justo partía de una perspectiva fuertemente economicista acerca del desarrollo de la sociedad para rescatar el papel modernizador del desarrollo capitalista a la vez que denunciaba que esos efectos modernizadores eran bloqueados por un conjunto de políticas monetarias, tarifarias y fiscales, que en nombre del proteccionismo amparaban intereses particularistas -a las que se opondría apelando a cierto discurso “librecambista”-; en la argumentación de Ghioldi, las caracterizaciones trazadas en clave ética, y de una ética sostenida en la primacía de la libertad sobre la igualdad⁷, eran omnipresentes, borrando todo lugar para

⁷ Sería ésta lectura de la tradición socialista centrada en el valor de la libertad, y no en el de la igualdad, la que haría posible que Ghioldi no considerara siquiera la posibilidad de una discontinuidad entre las dos

los análisis histórico-sociales. Tal lectura, que no postulaba el vínculo entre liberalismo y socialismo en términos de “librecambio” sino de “valores” civilizatorios tenía dos “ventajas”: por un lado, le permitía colocarse por sobre la discusión acerca del “laissez-faire” y el “planismo”⁸; por otro, le permitía separarse del terreno en que más era rescatado el gobierno de la revolución del 43, y luego el peronista.

Creemos que el recorrido realizado, centrado en cómo tres intelectuales socialistas pensaban la relación entre liberalismo y socialismo, permite dar cuenta de algunas de las transformaciones de la identidad socialista. Así podemos relacionar los planteos de Justo con un partido que, aunque dando prioridad a la arena electoral, no se presentaba a la competencia política como una fuerza más, o siquiera como un partido “de principios”, sino como un partido “económico” que mantenía un vínculo especial con una parte de la sociedad: la clase obrera.⁹ Tal identificación obrera se iría matizando al combinarse con apelaciones al pueblo, los consumidores o los ciudadanos, sin embargo, creemos, sería sólo al volverse un partido “de principios” que el PS podría postularse como una fuerza que representaba a todos. Y esta transformación sólo fue posible a partir del giro ético, que en la estela de Korn, presentaba al socialismo no como una fuerza nacida de necesidades materiales sino de un ideal. De todos modos, debe subrayarse, la subsunción en la tradición liberal sólo se completaría en los años ‘40 cuando, enfrentados a la experiencia peronista, Ghioldi y otros socialistas antepusieran el valor de la libertad a otros que, como la justicia social, tenían para Korn dignidad propia. Sería en base a esa prioridad de la libertad que Ghioldi podría concluir “el socialismo es liberal, o no es socialismo” (Ghioldi, 1944: 13-14).

tradiciones, como sí lo había hecho Korn al subrayar el salto que había implicado el aporte de Justo centrado en la importancia de la cuestión social. Para Ghioldi, a diferencia de lo que argumentaba el viejo profesor, la libertad era el valor que daba sentido a la entera historia argentina, era “el módulo y el ‘tempo’ de los argentinos” (Ghioldi 1944: 35).

⁸ Entre los que reivindicaban la vigencia de la prédica librecambista, a la que apelaban para cuestionar el intervencionismo peronista, se hallaba Nicolás Repetto; entre quienes defendían la adopción explícita de una postura “planista” se destacaba la figura de Rómulo Bogliolo quien rescataba la importancia del rol estatal y buscaba diferenciar una planificación democrática de una totalitaria. Buscando colocarse más allá de estas diferencias, Ghioldi corría el eje de debate: más que en cuestiones de política económica y social, el principal intelectual socialista prefería poner el acento en las tareas educativas que el Partido Socialista debía llevar adelante.

⁹ Así lo afirmaba Justo en un discurso pronunciado poco tiempo después de la fundación del PS: “No somos el pueblo, sino una fracción de él; no nos creemos llamados a liberarlo de la opresión, no nos atribuimos el papel de libertadores. Contribuimos simplemente a poner a la clase obrera en condiciones de liberarse ella misma, enseñándole a comprender lo que nosotros ya hemos comprendido” (Justo, 1947: 31-32).

Pero, señaladas tales transformaciones, podemos preguntarnos si estas importantes diferencias no se asentaban sobre un plano de continuidad. Como ha señalado Aricó (1982) uno de los límites que encontró el pensamiento de Marx para abordar la realidad latinoamericana estuvo dado por un énfasis societalista que lo llevó a desconfiar de la “racionalidad” de sociedades en las que el Estado parecía preceder a la sociedad civil. Podemos decir que Justo, aún sin considerarse marxista, compartía la perspectiva “societalista” y la desconfianza a “la “construcción desde arriba” de la sociedad. Esa perspectiva societalista, habría tenido, como señala Portantiero (1987) consecuencias positivas, el impulso a la construcción de un importante mundo cultural y asociativo; y negativas, el obstáculo a los esfuerzos por construir una verdadera voluntad nacional-popular.¹⁰ Aunque esta indagación excede con mucho el espacio de este artículo, podemos plantear la hipótesis de que el privilegio de la “sociedad civil” – ya fuera que se la valorara desde un prisma económico-social, o ético-pedagógico¹¹- y la infravaloración del Estado y la política constituyen marcas permanentes de la tradición socialista argentina, marcas que fundarían tanto los vínculos, cambiantes pero siempre estrechos, con el liberalismo, como la más consistente desconfianza hacia los populismos.

Referencias bibliográficas

Publicaciones periódicas

El Obrero, Buenos Aires, 1890-1893.

La Vanguardia, Buenos Aires, 1894-1944.

¹⁰ El desden que el líder socialista sentía ante la “superstición autoritaria”, modo en que denominaba a la creencia en que la autoridad política tenía un papel decisivo en la construcción de la nueva sociedad, alcanzaría su punto máximo con el debate con los partidarios de una apuesta revolucionaria al estilo ruso. A comienzos de los años 20, y adoptando un raro estilo biográfico que le permitía criticar a la vez a comunistas e yrigoyenistas, Justo relataba que había sido, en oposición a su experiencia familiar y personal con la política criolla, que adherido al socialismo. Allí explicaba que, desengañado con la revolución del Parque, se había encontrado con Spencer, del que había recuperado tanto su postulado del paso del tipo primitivo militar al definitivo industrial- con lo que la política militarista no podía ser más que un atavismo-, como el postulado de lo imperfecto del Estado, lo que lo habría curado del fetichismo político (Justo: 1947: 316-319).

¹¹ Este movimiento entre la economía y la ética el socialismo argentino parece hecho para dar ejemplo al argumento schmittiano: “El pensamiento liberal pasa por alto o ignora al estado y la política de modo sistemático y se mueve en cambio dentro de una politicidad típica y siempre renovada de dos esferas heterogéneas, las de la ética y la economía, el espíritu y el comercio, la cultura y la propiedad” (Schmitt, 1984: 68).

Libros y folletos

- ARICÓ, José (1982): *Marx y América Latina*, Buenos Aires, Catálogos.
- BISSO, Andrés (2007): “Presentación. Condiciones de posibilidad, desarrollo, esplendor y ocaso de una apelación política nacional”, en BISSO, A. (sel.) *El antifascismo argentino*. Buenos Aires, CeDInCI Editores-Buenos Libros
- (2005): *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo.
- GHIOLDI, Américo [1933] (1950): *Juan B. Justo. Sus ideas históricas, sus ideas socialistas, sus ideas filosóficas*, Buenos Aires, La Vanguardia.
- (1944a): *Sarmiento, fundador de la Escuela Popular*, Asociación Liberal Adelante.
- (1944b): *Bases de la pedagogía constitucional*. Buenos Aires, La Vanguardia.
- JUSTO, Juan B. (1947): *La realización del socialismo*, Buenos Aires, La Vanguardia.
- [1915] (1909): *Teoría y Práctica de la Historia* Buenos Aires, Lotito y Barberis.
- KORN, Alejandro (1963): *Estudios de filosofía contemporánea*, Buenos Aires, Claridad.
- (1949): *Obras completas, Volumen 3*. Buenos Aires, Claridad.
- MARTÍNEZ MAZZOLA, Ricardo (2008): *El Partido Socialista y sus interpretaciones del radicalismo argentino (1890-1930)*, Buenos Aires, Tesis doctoral en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- (2005): “Entre radicales, roquistas y pellegrinistas. El Partido Socialista durante la segunda presidencia de Roca (1898-1904)”, en CAMARERO, H. y HERRERA, C. (eds.) *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo.
- (2004): “Campeones del proletariado. El periódico ‘El Obrero’ y los comienzos del socialismo en la Argentina”, en *Políticas de la Memoria. Anuario de investigación e información del CeDInCI*, N° 4, Buenos Aires, Verano 2003-2004.
- PORTANTIERO, Juan Carlos (1987): “Gramsci en clave latinoamericana”, *La Ciudad Futura*, N° 6, Buenos Aires.
- SCHMITT, Carl [1933] (1984): *El concepto de lo político*, Buenos Aires, Folios.
- TERÁN, Oscar (1986): “La libertad tolerante de Alejandro Korn”, en TERÁN, O., *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos.
- VIANA, Juan Manuel (2009) “El giro ético en el pensamiento socialista argentino: del subjetivismo de Alejandro Korn al antipopulismo de Américo Ghioldi”, ponencia presentada en las “XII Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia”, San Carlos de Bariloche, 28 al 31 de octubre.